

JULIO LE PARC

“NO TODO FUNCIONA SOBRE RIELES”

DESDE SU INAUGURACIÓN EN JUNIO, LA EXPOSICIÓN *LE PARC LUMIÈRE* YA FUE VISTA POR MÁS DE 60 MIL PERSONAS EN EL MALBA. A SUS 86 AÑOS, EL ARGENTINO PIONERO DEL ARTE LUMÍNICO Y CINÉTICO EXPLICA POR QUÉ SUS OBRAS SON EL REFLEJO DE SUS IDEAS POLÍTICAS. RADICADO HACE 50 AÑOS EN PARÍS, VALORA AL MERCOSUR Y LA UNASUR COMO EL CONTRAPESO FRENTE A LA PENETRACIÓN CULTURAL DE ESTADOS UNIDOS. *Txt: María Paula Zacharías*

Julio Le Parc es altísimo. Mendocino, pero con más de 50 años de residencia en París, tiene un *charme* de Viejo Mundo, un no sé qué de pañuelos y boinas. Parece que habla en serio, con esa voz profunda que nunca eleva. Pero es un gran humorista. “Me obligan a trabajar todo el tiempo. No me dejan jubilar”, se queja. Y provoca la risa. Pero no es chiste la agenda de viajes y muestras que lleva su hijo Yamil, acompañante y propulsor de la febril actividad de este artista fundamental del arte lumínico y cinético en el mundo. En junio pasó por Buenos Aires –apenas una semana– y montó una muestra monumental en el Malba, *Le Parc Lumière*, que ya fue visitada por más de 60 mil personas y sigue en cartelera hasta el 6 de octubre. Son 17 instalaciones lumínicas, desplegadas en dos salas del museo, completamente a oscuras, iluminadas sólo por los destellos de luz en movimiento que desprenden sus obras. Unas titilan en el techo, otras forman medusas en la pared. Todas ondulan, se entretienen, marean, despiertan... La luz es su materia. Y no estamos hablando de *leds*: cada uno de los artefactos expuestos fue creado en los ‘60 con un nivel de complejidad tecnológica igual a cero. Son fruto de investigaciones hechas con lo que hubiera en la cocina. Vistos bien de cerca, es fascinante descubrir la simplicidad de los trucos: apenas el motor de una cajita de música que hace vibrar unos alambres o pone a girar las ruedas que recortan formas en el haz de luz. Sus obras están en perpetua transformación y en constante inestabilidad. Exigen la participación del espectador. Detrás de esos reflejos, hay ideas políticas.

Le Parc tiene un historial de activista que comienza en sus años de estudiante. A saber: fue expulsado de Francia por crear afiches para el Mayo del ‘68; firmó textos revolucionarios, como *Guerrilla cultural*; se negó a participar en la exposición 72/72 del Grand Palais para denunciar la afinidad de la muestra con la dictadura argentina; jugó a los dados su participación en una exposición en el Museo de Arte Moderno de París... y perdió; integró las Brigadas de Artistas Antifascistas en contra de las dictaduras en América latina. De eso hubo un botón de muestra en su retrospectiva del Palais de Tokyo en 2013: un juego proponía golpear figuras de autoridad (militar, sacer-

dote, padre, jefe, juez) y se podían tirar dardos al imperialista, al intelectual no comprometido, al capitalista... Fue un éxito: 170 mil visitantes recorrieron, en tres meses, la primera exposición monográfica que ese prestigioso espacio de la capital parisina organizó en homenaje a un artista vivo.

Ha tenido posiciones cercanas al comunismo, al anarquismo. ¿Cómo se define hoy?

Nunca estuve afiliado a ningún partido. Siempre digo, en broma, que tal vez sea tan anarquista que ni siquiera soy anarquista. Es según el momento... Y nada es rectilíneo. Ni en mi trabajo personal ni en mis ideas tengo una certidumbre total como para tener una tranquilidad de conciencia: están los compromisos, las contradicciones, lo que uno quiere hacer, lo que uno puede o lo que lo dejan. Uno ve en cada circunstancia cómo funcionar. Si uno aplica un sistema preestablecido por un partido o una ideología en todas las circunstancias, es probable que no encuentre la mejor actitud.

¿Cómo ve a la Argentina?

En los últimos años ha habido cambios muy importantes. Los gobiernos actuales han ido creando relaciones, con el Mercosur y su relación de mercado, o la Unasur. Se van estrechando relaciones con acuerdos y cercanía cultural. Hace que haya una solidaridad mucho más grande y una mejor resistencia al dominio de países como Estados Unidos. Para ellos, América latina es nada más que una reserva a su disposición. Esta unión hay que desarrollarla y sostenerla. A todo nivel hay, en la región, iguales o mejores creadores de lo que nos quieren hacer creer. Los estadounidenses imponen a sus artistas con mecanismos que tienen muy bien estudiados para hacer una penetración cultural a nivel mundial. Pienso que esta red que se está tejiendo puede llegar a contrarrestar esa actitud de creer que lo único bueno viene de Estados Unidos.

¿Qué opina de la década K?

Nada más por su política de derechos humanos me parece ya extraordinaria. Los detalles económicos y entretelones de su gobierno no llego a dominarlos como para dar una opinión, pero veo que ha habido cambios desde la época del corralito hasta ahora. No hay duda: en la comparación, la situación mejoró. Aunque no todo funciona sobre rieles: siempre hay

cosas que se pueden mejorar. Deseo que sigan bajando los niveles de pobreza y desempleo, y crezca la fraternidad entre los argentinos.

¿El arte ayuda a cambiar la realidad?

Es una pretensión que nunca hay que tener, porque la realidad es mucho más fuerte. Pero en los años ‘50 y ‘60 nos lo preguntamos y encontramos el reflejo de la sociedad en el interior del medio artístico. El espectador era como el pueblo, que quedaba excluido de las decisiones o se lo llamaba de vez en cuando a votar, nada más. Los espectadores parecían innecesarios. En los museos, sólo podían someterse de antemano a lo que se les daba como creación contemporánea importante, y a veces no lo es. Hay un código de intereses o valorizaciones artificiales que pretenden imponerse aún hoy, decididos por muy pocas personas. El análisis que hicimos fue de qué manera podíamos cambiar esa relación entre el espectador pasivo y la creación contemporánea. Y la respuesta fue a través, primero, de una relación visual, óptica, que es diferente en cada persona, porque no hay dos personas con la misma constitución fisiológica. La toma de consideración del espectador, que estaba fuera de la creación contemporánea, era algo político. Queríamos demostrar que podía haber nuevas relaciones: el espectador sometido pasaba a ser activo.

¿Un artista no se jubila nunca?

Una vez les dije esto a unos amigos y quedaron escandalizados: “Si tuviera plata, me iría a una isla del Caribe, todo el día sentado en una hamaca con una mulata, comería frutas, un poquito de ron...”. Puede ser simpático una semana, pero enseguida me aburriría. En mi caso, tiene que haber una relación entre yo mismo y lo que no existe. Por eso, siempre trato de que algo aparezca. Mi preocupación siempre fue ser amigo de la gente a través de lo que hago. Si consigo que el espectador se vaya un poquito mejor de cómo está cuando entra a mi exposición, más optimista, es buen signo. Mucha gente me dijo, con relación a la muestra en el Malba: “Esta tarde estaba preocupado y ahora, saliendo de la exposición, me siento bien y estoy en actitud positiva”. Entonces, si mi trabajo tiene ese resultado, es el mejor logro para el esfuerzo que pude haber hecho trabajando muchísimos años. ♦



Es uno de los artistas argentinos más importantes del siglo XX.

Llegó a París en 1958, con una beca del gobierno francés. Fue reconocido con el Gran Premio Internacional de Pintura de la XXXIII Bienal de Venecia en 1966. Aquí expuso, con récord de público, en el Instituto Di Tella (1967) y tuvo una retrospectiva en el Museo Nacional de Bellas Artes (2000).

A sus 86 años, su lista de pendientes contempla: un pabellón permanente para el Museo de Arte Contemporáneo Inhotim, de Belo Horizonte; una escultura para la Ciudad de Buenos Aires, una obra lumínica para el Obelisco y otra para los 100 años del Citibank; y, para 2015, muestras en el Pérez Art Museum de Miami y en la Serpentine Gallery de Londres. La expo *Le Parc Lumière*.

Obras cinéticas de Julio Le Parc en la Colección Daros Latinoamérica se presenta en el Malba hasta el 6 de octubre.

Ph: Gentileza Malba